

tiembre; permaneció allí tres días, y el 1.º de octubre se encaminó á Tepic; allí se dedicó á hacer confirmaciones."

Empero, vencedoras en Sinaloa las huestes republicanas del Ejército de Occidente, hacían adelantar ya sobre Tepic y Jalisco su "Brigada de vanguardia," al frente de la cual venía el Coronel D. Eulogio Parra; y cuando este jefe hizo, el día 27 del mismo octubre, un movimiento amenazador sobre aquella ciudad, el Sr. Loza se apresuró á dejar esa ya insegura población, y el 3 de noviembre llegó á Guadalajara, donde se le dió hospedaje en el Palacio Arquiepiscopal.

Cierto es que las mismas fuerzas republicanas se adueñaron poco después de la capital de Jalisco; pero Parra, por medio de una proclama que expidió en Santa Ana Acatlán, el 20 de diciembre, les garantizó á los vecinos de Guadalajara que podían dedicarse tranquilamente á sus ocupaciones ordinarias, cualesquiera que fuesen sus opiniones políticas.

¿Significa esto declarar que el Obispo de Sonora se ingería en las trascendentales cuestiones de ese orden que ventilaban entre sí y con el extranjero los mexicanos? Nada de eso: S. Ilma. era enteramente ageno á la política; no había tomado parte alguna directa ni indirecta en la erección del trono de Maximiliano de Hapsburgo, ni de este Príncipe había recibido favor ninguno, pues si bien podía llevar el título de Comendador de la Orden de Guadalupe, debíale esta gracia no solicitada al General Santa Ana, que se la había otorgado en 19 de noviembre de 53. El Sr. Loza se había ceñido estrictamente á cumplir con sus deberes episcopales, y como la observancia de ellos no podía avenirse con los excesos revolucionarios, se explica la persecución de que fué objeto, así como que él mismo tratara prudentemente de evitar todo roce con los indisciplinados é intolerantes guerreros que mantenían, espada y fusil en mano, los mismos ideales reformistas que Vega y Pesqueira.

Por eso, cuando la mayor parte de ellos dejó á Sinaloa para concurrir al derrocamiento del Imperio, el Sr. Loza salió de Guadalajara, en febrero de 67, hacia Tepic; de allí pasó al Rosario, donde fué muy bien recibido; en seguida llegó al Presidio, lugar en que arregló una cuestión que se refería á la capilla del Agua Caliente, propiedad de D. Juan Gárate; luego se dirigió al rancho de las Mesillas, para disponer lo que era conducente á la fábrica de otra capilla, según lo pretendía su propietario; continuó su ruta hasta Concordía, donde el Prefecto Valdés no permitió que se le hicieran las demostraciones que se preparaban en su obsequio, y á las tres de la tarde del 27 del siguiente marzo hizo por fin su entrada en Culiacán; siendo de notarse que no por las fatigas de aque-

lla larga caminata dejó el piadoso viajero de ayunar ni uno solo de los días de esa Cuaresma.

Ya allí, los conatos de Su Ilma. se dirigieron á continuar la edificación de la Catedral, comenzada por el Sr. Garza: los recursos con que contaba eran tan escasos, que con sacar lo que su mano liberal daba á los pobres y las cantidades que invertía en el culto divino, había veces en que se ponía en la necesidad de pedir prestado para comer sobriamente, sin que lo hiciesen ver por sí mismo las respetuosas indicaciones que en ese sentido llegaron á dirigírsele y que fueron recibidas por él con desagrado: dada, pues, tal pobreza, se explica que la obra de aquel templo adelantara tan pausadamente que, á pesar de todos los esfuerzos episcopales, apenas se consiguié- ra por entonces elevar pocas varas sus gruesos muros.

El 4 de diciembre de 1867 estalló en Culiacán una revuelta de carácter local, encabezada por los Coroneles D. Jorge García Granados y D. Adolfo Palacio: una de sus primeras providencias fué la de apoderarse, para sostener aquel movimiento político, de setenta ó setenta y dos mil pesos que estaban acuñados en la Casa de Moneda y que pertenecían á una negociación de minas. El Sr. Loza, al saber que se iba á ejecutar ese hecho, "tomó parte activa para impedirlo, valiéndose de su influencia moral;" pero no habiéndolo conseguido, predicó después contra el robo. Cuéntase que á consecuencia de ese sermón, resentido uno de los hermanos de Granados, el jóven D. Julio, "había entrado al templo para matar al Ilmo. Sr. Obispo;" quien, á pesar de haber tenido noticia de aquel peligro, continuó predicando los siguientes domingos sobre aquel mismo tema, el respeto á las autoridades y á la ley, y el amor á la paz y el orden públicos.

Llegada la Cuaresma del año de 68, sus predicaciones se refirieron, entre otras cosas, al recogimiento que se debe guardar en esa época de penitencia; y fruto de sus palabras fué que por falta de espectadores no funcionara cierta compañía dramática que en ese tiempo intentaba trabajar.

En abril de ese año, el Gobierno general envió instrucciones á las autoridades de Sonora y Sinaloa para que dejaran obrar libremente al Prelado en la administración de los Sacramentos.

A esos días refiere el biógrafo más minucioso del Sr. Loza, el fomento que dió este Pastor en toda su Diócesis, á la erección y mantenimiento de escuelas parroquiales, costeando él mismo, con no pocos sacrificios, una de ellas en la ciudad de su residencia; así como también se hace mérito de la satisfacción que tuvo al ver que volviera, arrepentido de

BIBLIOTECA CENTRAL
G. A. N. L.

sus extravíos, al gremio de la Iglesia, el sacerdote Lavarría.

En otro tiempo el predilecto discípulo del Sr. Garza, aunque de constitución muy delicada en apariencia, había podido resistir, con ayuda del vigor de la edad, los extremos calores de Culiacán, sin que su salud se resintiera; pero en ese año de 68, cuando se llegó la estación de ellos, la trabajada naturaleza del Sr. Loza no pudo desafiarlos con igual inmunidad que antes y los médicos que fueron á visitarlo declararon que moriría el enfermo si no cambiaba de clima. No le arredró, con todo, ese pronóstico y por el contrario declaró que con resignación aguardaría que se cumpliera aquel fallo, por tal de no apartarse de sus queridas ovejas.

Sin embargo, por ese mismo tiempo, Dios, podríase decir prohiendo una soberbia frase pronunciada por Monseñor Mermillod con motivo de un asunto de muchísima entidad religiosa, "escribía su línea recta á través de las líneas curvas:" en Consistorio del 22 de junio, S. S. Pío IX preconizaba al Sr. D. Pedro Loza y Pardavé para el Arzobispado de Guadalajara, y el Sr. Arzobispo Labastida, que se encontraba entonces en Roma y estaba presente en aquel solemne acto, pedía para el agraciado la concesión del palio.

La noticia de ese nombramiento se tuvo en Culiacán por uno de los periódicos de México, que recibió el S. D. Pomposo Verdugo y que mandó luego al Arzobispo nuevamente electo, para que se impusiera de él; y á Guadalajara se comunicó por el Expedicionero apostólico Sr. Angelini.

"Un rayo hubiera hecho menos estrago moralmente hablando,—decía un testigo de los sucesos, citado por el Sr. Andrade,—que lo que hizo (*la nueva*) en las almas de los fieles y principalmente del clero" (*de Sonora*). Con razón fué así: la mayor parte de aquel Clero había recibido de su mano la sacra ordenación; también no pocos de sus miembros habían hecho sus estudios bajo el magisterio del antiguo Vice-Rector y después Rector del Seminario; gran número de fieles le eran deudores de grandes beneficios á su Pastor, y ninguno ignoraba las muchas penalidades que por procurar el bien de su Grey había tenido que sufrir. Por lo que ve al Arzobispado que se interesaba en el asunto, causó profundísima sorpresa la misma nueva, porque nadie había pensado aquí que recayera la elección en el Sr. Loza y todos sí esperaban que fuera promovido á tan elevado cargo el Sr. Vicario Capitular, Chantre Lic. D. Jesús Ortiz; aunque pronto se pasó de aquel sentimiento, luego que se tuvo exacta noticia de las muchas virtudes del elegido, al del anhelo más ferviente por saludar su presencia en medio de su rebaño.

Cuanto al Prelado, cuya honrosa remoción significaba el ascenso á una Sede de muy superior categoría que la de Sonora, consérvanse autografiadas sus impresiones de aquel entonces, en el siguiente párrafo de una carta que escribió al Sr. Prebendado Dr. D. Francisco Arias y Cárdenas, Secretario de la Mitra y Provisor de la Arquidiócesis de Guadalajara, con fecha 2 de septiembre, en respuesta á cierta misiva que le dirigió este Sr. en 10 del mes inmediato anterior: "Confieso á Ud. que á los primeros anuncios de este acontecimiento publicados en los periódicos llegados aquí á principios de agosto, me reí de tal noticia, juzgándola falsa é inexacta, pues ni tenía yo antecedente alguno sobre mi promoción, y me constaba por el contrario la postulación de ese Cabildo en la muy digna persona del Sr. Canónigo Ortiz: así es que no puede Ud. figurarse la sorpresa y confusión que me ha causado esta terrible realidad; y lo peor para mí es que no veo el modo de evadirla, pues está todo hecho en Roma, y al mismo tiempo que N. Sto. Padre *motu proprio* y por sola su bondad me traslada de esta Iglesia de Sonora, lo que jamás habría yo podido imaginarme, ha nombrado é instituido de la misma manera á mi sucesor. ¡Dios Ntro. Señor esté conmigo y dirija mis pasos."

En términos muy semejantes contestaba, el 10 del mismo septiembre, las felicitaciones que le habían mandado el Vicario Capitular y el Cabildo; y aun expresaba terminantemente que si se hubiera contado con su consentimiento para la promoción ó hubiera tenido antecedentes de ella, la habría resistido.

El 21 de noviembre recibió las bulas de su traslación, nombró Vicario General de la Diócesis al Sr. Presb. D. José María Uriarte y dirigió una Circular al clero sonorenses comunicándole esa decisión y los vivos sentimientos que lo poseían al separarse de aquella Iglesia, pero á los cuales se sobreponía el estímulo del deber. "La voz misma del Vicario de Jesucristo, escribía allí, es la que me dice extraordinariamente lo que Dios quiere que haga, siendo esta consideración lo único que ha podido calmar mis inquietudes y alentar mi debilidad y pequeñez, al recibir un cargo para mí tan honroso como innecesario."

Después de dar su despedida á todos sus amigos, por medio de una tarjeta impresa, el 27 de diciembre salió de su antigua Sede el Sr. Arzobispo. "Eclesiásticos, vecinos principales, seminaristas, muchísima gente del pueblo, á caballo y á pié, acompañaron á S. S. I. desde Culiacán hasta muchas leguas."

Sirva la narración de un bellissimo episodio acontecido en ese viaje, de remate á esta parte de la presente biografía. En

la misma diligencia en que caminaba el Arzobispo electo se dirigía á Mazatlán un honorable matrimonio; y en un des-poblado fué acometida la esposa por los dolores del alumbramiento. Hizose parar el carruaje en un sitio donde por acaso se hallaba una choza abandonada; bajaron los cónyuges y bajó también el Sr. Loza, listo para prestar á la doliente los espirituales auxilios si el caso lo hacía preciso, y mientras el Prelado, acongojadísimo en aquella embarazosa situación, se paseaba delante de la puerta, dentro del tugurio nació una niña. No había de pronto en qué envolver á la criatura; nadie se había cuidado de prever esa falta en aquella hora, haciendo bajar de la baca el equipaje de los esposos, para sacar de allí cualquier lienzo que hubiese hecho las veces de pañal; mas al percatarse de ese conflicto S. S. I. ocurre—¡cuán ingeniosas son las almas caritativas!—al remedio de aquella necesidad, despojándose de su sotana, que viene á servirle de primera envoltura al recién nacido.

No necesita comentarios ese rasgo edificante.

III

Cuentan las Crónicas Franciscanas de nuestra Nación, que cuando Fr. Pedro de Espinareda y Fr. Cintos de San Francisco llegaron al puesto de Nombre de Dios, ansiosos de convertir á los naturales, postráronse en tierra, y besándola dijeron: "Esta es nuestra madre y aquí hemos de morir por Jesucristo."

En nuestros días, Víctor de Prilly, al llegar á su Diócesis de Chalons, se bajó de su carruaje y besó también la tierra como aquellos misioneros, diciendo palabras muy semejantes á las de ellos: *Haec est requies mea.*

Así debe la imaginación figurarse que hiciera y que dijera igualmente esas cosas, si no de modo material, si de manera espiritual, el segundo Arzobispo de Guadalajara, al llegar, el 9 de enero de 1869, á la raya de su Arquidiócesis, donde lo recibieron los Vicarios y Jueces Eclesiásticos de Ixtlán, Tepic y Santiago y el Guardián del seráfico convento de la Cruz, Acompañándole esas personas siguió paulatinamente su viaje y entró á Santiago el día 14, rodeado de una muchedumbre que se calculó en más de tres mil almas y que había salido á su encuentro hasta una distancia de dos leguas.

El 18 se adelantaron á recibirlo, en "Lo de Lamedo," á nombre del Vicario Capitular, los Sres. Dr. D. Germán A. Villalvazo y D. Jacinto López, empleados de la Secretaría de la S. Mitra, quienes hacía días aguardaban su llegada en Tepic; condujéronlo desde allí en carretela á la mencionada ciudad, entre numeroso concurso de personas que á caballo

y en carruaje habían salido con el mismo objeto. El comercio, en señal de fiesta, cerró sus puertas; las calles estaban adornadas con lazos de los que pendían banderitas de todas las naciones; el gentío en esas vías era inmenso y repetidas las aclamaciones de la multitud. "Como S. S. I. impidió varias veces que se quitasen las mulas del coche, escribía el Sr. Villalvazo, hubo un tercer asalto decisivo: unos se tendieron en el suelo y otros se cogieron de las manos formando un muro y gritaron que primero pasaría el coche sobre sus cuerpos que dejaran de tributar al Prelado el homenaje de tirar ellos del carruaje; á cuya declaración tuvo que ceder S. S. I."

En espera de las sólitas y demás breves y rescriptos pontificios que le faltaban, demoró allí el Sr. Arzobispo hasta el día 31, en que las instancias de sus acompañantes le hicieron continuar su marcha, sin recibir todavía aquellos documentos facultativos. En ese intervalo eran muchas las instancias que de las poblaciones de aquel rumbo se le dirigían para que pasara á visitarlas; pero tenía que excusarse de acceder á esos deseos, no sin mucha pena, porque consideraba que no podría hacer pronto tales visitas, en razón de que ya casi estaba enteramente decidido á concurrir al Concilio Ecu-ménico,—para la asistencia al cual había recibido la bula convocatoria cuando se hallaba aún en Culiacán,—y el plazo para arreglarlo todo y trasportarse al lugar de la cita, era apremiante.

Mayor fué todavía la aflicción que le causa la noticia de que ahí cerca, por causa de las lluvias, se habían salido de sus cauces los ríos de San Pedro y Santiago, inundando enteramente una extensión de terreno casi de veinte leguas, barriendo en ella por completo las labores, el mueble y las rancharías; asolando también el pueblo de Tuxpan, una parte de los habitantes del cual sólo se salvó subiéndose á una colina, y en fin, ahogándose numerosas personas.

No menos de once días invirtió el Prelado para llegar á Guadalajara, no porque fuera tarde en la marcha, pues precisamente uno de sus compañeros, el Sr. Villalvazo, lo calificaba de *atros*, porque decía, "para S. Ilma. apenas es regular una jornada de veinte leguas," como la que había hecho de Escuinapa á La Concepción; sino porque tuvo que ir haciendo paradas en las diversas poblaciones del trayecto, para complacer á sus nuevos diocesanos, y aun demoró un día en Ahuacatlán, otro en Ixtlán y otro en Tequila.

Desde Tepic hasta la Magdalena acompañó al Prelado una fuerte escolta, á la que se le unía alternativamente la fuerza armada de las diversas poblaciones; y en las cercanías de una de éstas, como trescientos hombres de caballería é infan-

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.